

LA PERVERSIÓN PÚBLICA

Apología del crimen

En el fondo, el ser humano es irresponsable de ciertos eclipses del sentido moral; la voz que lo precipita en la caída, viene casi siempre de lejanías atávicas.

MANUEL BUENO.—La ley del hombre.

Discurriendo serenamente acerca del cinematográfico episodio acaecido hace pocos días en el coche correo del tren de lujo de Madrid a Sevilla,—tragedia que ha provocado un terremoto de histerismo en la sensibilidad ordinariamente atoragada de las obtusas muchedumbres,—bien quisiéramos abrir nuestro corazón a la indulgencia... A la indulgencia para todos, a la conmiseración hacia todos; hacia víctimas y victimarios... ¡que tampoco dejan de ser víctimas en otra escala de principios, en otro orden de consideraciones y argumentos...! No se alarmen los «liberalbedristas», los que no pueden transigir con el positivismo de Ferri, de Garófalo, de Lombroso, de Fioretti, de Tarde y de otras tendencias más modernas, rechazando con ademán enérgico la idea de que el infractor criminoso del Derecho pueda hallarse sometido a un estado patológico, a un desequilibrio de sus funciones orgánicas, a leyes «físicas», en fin, que no le es posible vencer... Tranquílense los enamorados del orden, de «su» orden... Los címlentes de la Moral de la Ciencia, de la Filosofía, del Derecho, de la Ética, la Sociología, de la Jurisprudencia, de la Ley—conforme a los «modelos» clásicos—no van a ser por nuestra pluma socavados, ni tampoco podrían serlo «hoy», aunque nuestros propósitos fuesen por otros derroteros...

Colocándonos, consiguientemente, fuera del «mar bromoso de la filosofía jurídica, allí donde las escuelas se baten desde los navos de las teorías», descendamos al terreno de «la práctica», de las realidades escuetas, desnudas de artificio y de sofisma, lamentando no poder llevar nuestra indulgencia, como apuntábamos en el párrafo anterior, hasta un grado de superlativas tolerancias, de comprensiones absolutas... La crueldad patentizada por los saqueadores del expreso, entra en la categoría de los delitos, sangrientos y brutales, que no pueden ni deben disculparse, pese a todos los razonamientos «artísticos» de los que —contagados con las ironías transcendentales de Asénas—proclaman el «erotismo estético» de las mayores aberraciones y de los mayores delirios.

Abunda en nuestra sociedad un relajamiento creciente, desprovisto de escrúpulos y de móviles ennoblecidos; un estrecho afán por el cultivo de los instintos bajos, de las pasiones ruines, con olvido de las acciones desprendidas y de los generosos ideales... Lo hemos dicho muchas veces; la vida, sin ideales altos, sin «eso» que llaman despectivamente «clirismos» los temperamentos secos y usurarios atentos sólo a las empresas «lucrativas», «útiles», de resultado «positivo», no queda reducida sino a manifestaciones torpes y groseras, de una profunda animalidad con apariencias racionales... Los hechos nos conceden la razón. Y de igual modo la frase de Lacassegue: «Cada sociedad tiene los criminales que merece» ¿Quiénes son...? Afianzando un poco la vista, siendo un poco psicólogos, los descubrimos inmediatamente; no consiste todo en verter sangre, en hundir un cuchillo o una bala en el pecho de nuestro semejante... El banquero que quiebra fraudulentamente arruinando a un puñado de familias; el capitalista explotador de la vida ajena en beneficio de la suya y de sus concupiscencias egoístas; el espadachín habitual que cuenta en un lance con la ventaja de su destreza frente a un enemigo inexperto; el prestamista que clava sus garras en el estómago vacío de un pobre hambriento entregándose luego a un sueño reparador y delicioso, y tantos otros seres de idéntica «estirpe», no presentan, en parangón con los criminales impulsivos, mas que una sola nota distintiva; unos y otros son delincuentes, con la diferencia de que mientras en unos la predisposición criminal permanece oculta, latente, inactiva para el asalto «de riesgo», en los otros la sensibilidad punible se exagera, significándose en un radio de actividades y vehemencias de gran exaltación.

Unos y otros, recónditamente, son «antisociales», duros a la piedad, fríos al recordamiento, insensibles al mal... Colocados en iguales circunstancias, obrarían igual, o casi igual, todos. Todos; el crimi-

nal latente y el criminal activo, el que «sabe» ponerse—cauto siempre—a buen recaudo de los Códigos, y el que no logra resistir—dócil al ímpetu—la imperiosa tentación de caer en la malla de las leyes... ¿Cuáles son peores...? ¿Cuáles expenden más profunda y solapadamente los odiosos gérmenes de la inmoralidad y de la injusticia...? «El hombre canalla» escribió en su magnífico producción titulada «Bases para un nuevo Derecho Penal» un sabio penalista español—conoce los defectos de las leyes y se prevale de este conocimiento para abusar de ellas, sin riesgo de que se le tache de delincuente; su inteligencia, su astucia, su actividad o posición social, le impiden convertirse en un «delincuente», en el sentido ordinario que damos a la palabra. Esta ralea de «discretos» delincuentes, a quienes a diario se estrecha la mano y se saluda con exquisita cortesía, nos produce tanta o más repugnancia que los públicos y verdaderos delincuentes...

¿Se enteran la plebe—no la plebe de gorra, sino la de sombrero y «sin la de chistera»—de todo esto...? ¿Lo ve con entera claridad...? ¿Lo percibe? ¿Lo siente? ¿Lo toca? Creemos que no; al menos, en toda la crudeza de su amarga realidad... De lo contrario, es decir, si su perspectiva fuese menos gruesa, no le punzaría en la carne el aguijón de las grandes zozobras, cuando acaece un hecho criminal como el que origina estos renglones; sus zozobras serían más constantes y su previsión más «avisada». Con ello, además, no incurriría en la responsabilidad, no más disculpable por no ser exigible, de contribuir a una actuación muy peligrosa justamente con la prensa. Ambos actuales, público y prensa, en una táctica confabulación de apasionamientos desbordados, logran, sin beneficio para nadie, y quizá no sospechándolo siquiera, engranar absurdamente el relieve siniestro de la jurídica infracción y de sus protagonistas activos más directos, trazando—lo diremos con el calificativo exacto—la apología del crimen! La intención no será esta, pero buceando en las entrañas vivas y caldeadas de las circunstancias y los hechos que anotamos, así resulta incontestablemente... En el público nada nos sorprende, dada su tenebrosa psicología troglodítica, de un «heroico» furor aventurero y perverso, que lo mismo exterioriza su «piedad» en trémulas vibraciones de valorización ficticia ante la aparatosa cogida de un torero, que ante el sensacional relato de un crimen espantoso... En la prensa, por el contrario, nos colma esa conducta de perplejidades, adentrándonos en el dolor a más hondas y amplias latitudes del alma.

No debemos concluir sin esquematizar la actitud que a LA TIERRA HIDALGA corresponde en estos críticos momentos, con relación a los ejecutores de la sanguinaria hazaña del expreso de Andalucía. Los jueces en nombre de la Justicia, van a emitir su fallo inexorable, ejemplar y «justo». Nosotros, en nombre de la Humanidad, pedimos que el fallo sea íntegro, reparable y «humano». Que se aten los mastines; con cadena corta y por el tiempo necesario para el «restablecimiento del orden social perturbado»; que no vuelvan sus dentelladas a hacer sangre... Ir más lejos en el castigo, ir más allá en la restricción, sería muy amargo y de una potestad que escapa al designio falible de los hombres erigidos en juzgadores; no por razones sentimentales—que también merecen atención—sino por razones científicas y humanas...

La sanción penal tiene sus límites que la defensa social impone. Y a nadie debe ser permitido rebasarlos, aunque el Genio del Mal culmine en los mayores extravíos, porque el Talión no es una pena—como pretende Lardizábal—sino la reciprocidad jurídica en las primitivas edades del Derecho, la «medida literal» de la lesión causada, la supervivencia de un criterio antifinalista y arbitrario.

Más claro; la similitud en la venganza. Y lo importante no es vengarse; es comprender y corregir.

Manuel CAMACHO BENYETZ.

PAJARITAS DE PAPEL

La del 2 de Mayo

(PARODIA)

Oigo, «furia», tu alicción, al par que escucho un concierto (bastante «fané», por cierto) de guitarra y acordeón. Pasa un inmune «pendón» resonando los tañones, y a su paso, exclamaciones lanzan las turbas «regarias», entre frases tabernarias y antiartísticas carcelonas.

Lloras porque pegaron los que su amor ofrecieron... ¡A ti, a quien siempre quisieron; pero a quien nunca pagaron; a ti, que tanto logran por «castiza» y por «chulona»; a ti, espléndida mitrona, que por arte del temonio, no tienes más patrimonio que tu escultural persona!

Doquiera la «gofería» su vivir canalla lleva, allí un recuerdo se eleva de tu fama y nombradía; desde la vil mancha, en donde mora el pecado, al cabaret frecuentado por la gente maleante, ¡no existe un centímetro galante donde tú no hayas estado!

Temblosa de leseo la bibría se desesora, cuando, haciendo la «carrera», sales por ahí de puseo; ninguno, a su galanteo grata respuesta ha obtenido, porque tu altivez ha sido con todos tan decidida, que con nadie en esta vida un mal «capricho» has tenido.

Y aún hubo un «gachó» de brío que quiso hacerte sentir... «No me haga usted de reir, que tengo el labio partido».

Señorito de la Historia, pues por más que hago memoria, no encuentro un hombre tan primo, que tener quiera un «animo» con una hembra de la escoria.

Era un socio bonachón, que del vino a los vapores, te cantaba sus amores cuando cogía un «tablón», queriendo a tu corazón hacer de amores latir; mas no llegó a percibir, ebrio de tanto beber, que es difícil conmovier a una hembra de «mal vivir».

¡Primo! clamó, desde un «bar», una hetaira, con desdén; ¡primo! dijo un pollo «bien», que iba al Palace a bailar; ¡primo! gritó al despertar un golfo, malhumorado, y cuando, con desagrado, tu proposición oyeron, todas las bocas dijeron: ¡Eres un «primo alumbraído»!

Suena un «couplet» indecente, aludiendo a los placeres, y están roncas las mujeres, de avarosis y aguardiente; en el cóncave insolente una frase soez zumba, algún bofetón retumba, que a la canallota aterra, ¡porque todo viene a tierra en descomunal balumba...

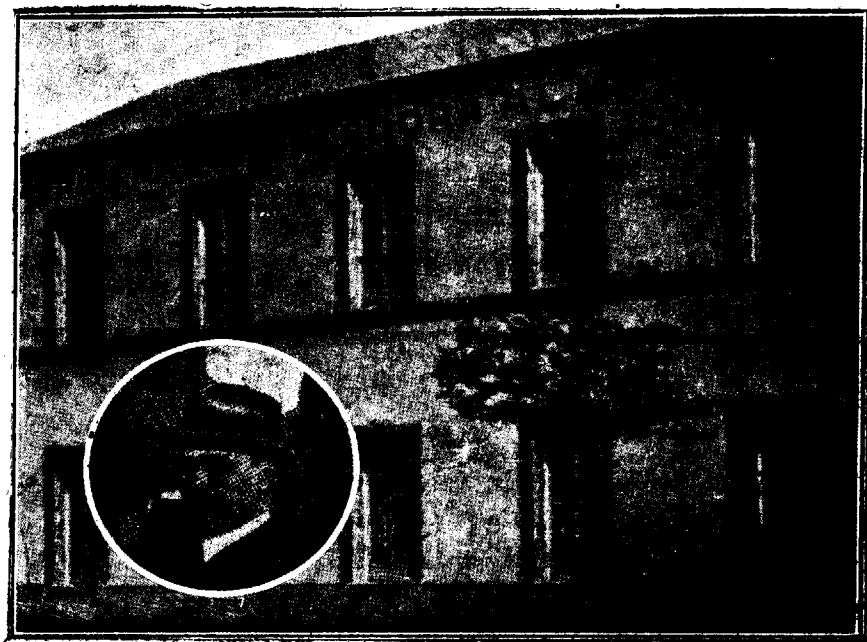
TOMÁS ALMODÓVAR.

LA TIERRA HIDALGA se halla integrada por los siguientes redactores y colaboradores:

REDACCION: Manuel Camacho Benyetz, Director; David Rayo, Redactor Jefe; Jesús Gómez Rodríguez, redactor y Administrador; Tomás Almodóvar, Rufo Fernández, Alberto López, Rogelio Hernández de la Torre, Gabriel Vicente Ruiz Muñoz, Alfredo Calvo, Luis Relimpio, Ramón Cañizares, José Almodovar Múgica, Alejandro Alcalde Redondo y Ramón Cañizares.

COLABORACION: Alejandro Alcalde, Carlos Calatayud, Angel Dotor, Francisco Toledo, Luciano de Cea, Ramón Carande, Migue Sánchez Migallón, Francisco Morayta, Arturo Gómez Lobo, Ramón Solano, Manuel Tomé, José López Barberán, Antonio Aguado Marlioni, Ramón Ordóñez Boix, José Ramón Quesada, Claro Coello, Manuel Gómez Mourón, José Martínez Ruiz, Mercedes Pinto y Antonio Alarcón Capilla.

EL SUCESO PALPITANTE



Suficientemente conocida de nuestros lectores la franca antipatía que experimentamos hacia la prolija descripción de los crímenes terribles, nos concretamos—por ofrecer alguna nota gráfica—a la publicación del presente cliché donde aparece, en óvalo, la fotografía de Honorio Sánchez Molina destacada sobre la fachada del edificio de la fábrica de harinas de esta ciudad, hoy inexplorada, en la que como conduño le corresponde una participación de 49.000 pesetas. Es esta reproducción fotográfica una de las pocas, o tal vez la única, que no ha sido lanzada a la curiosidad pública desde las columnas de los grandes rotativos. (Fot. Sánchez.)

CRÓNICA

Del escritor y el hombre

Un excelente amigo mío, hombre provinciano, pero culto, que allá en su natal retiro norteño deja discurrir placidamente su vida, entre las preocupaciones por su hacienda y sus aficiones a la lectura, y que de cuando en vez tanto hace una escapada a Madrid para conocer los adelantos y refinamientos que la moderna civilización imprime al ritmo de la vida en las grandes urbes, como emprende un viaje por las más distantes regiones españolas o el extranjero, en el que poder remozar su espíritu entusiasta de lo bello con la contemplación de los monumentos y de los grandes entres por los libros, me hablaba hace poco de su admiración entusiasta por la obra literaria de media docena de escritores españoles de hoy. Tanto por los libros de esos autores como por sus artículos en la revista o el diario, en los que, en labor constante, continuamente aparecen sus firmas, mi amigo ha seguido durante varios años la obra de aquéllos, la cual ascendía, a medida que el tiempo pasaba, en depurado dominio de la expresión y en marcado idealismo exaltador de los motivos de la belleza y el bien.

Este amigo, que no conoce en persona a ningún escritor, ni ha leído escrito alguno referente a la vida del hombre que en sí cada escritor alberga, imagina que todos los que verdaderamente respondan con su labor de elevación a este sagrado nombre, son seres excepcionales en los que su vivir ha de ser, en todo: sus aspectos, fiel reflejo de la ética de sus libros, y cree, por tanto, que el escritor y el hombre han de constituir un todo de identidad subjetiva en las libres determinaciones de su voluntad. Así, supone que todos esos artistas ilustres que admiramos por las sanas y humanas enseñanzas que difunden con la novela o el drama, la crónica o el verso, han de ser en su aspecto de hombres verdaderos dechados de bondad, respondiendo plenamente a las doctrinas que su literatura proclama. E, igualmente, por lo que respecta a la llamada república de las letras, piensa que en ella debe reinar la mayor fraternidad y el compañerismo más acabado, como natural consecuencia de cuanto presupone en cada individuo en sí de los que la forman.

..

Si bien hemos coincidido con él en cuanto a apreciar los positivos valores intelectuales que nos cita, en el elenco de sus escritores directos, con lo cual nos demuestra nuestro amigo poseer un exquisito sentido conocedor de las modernas letras españolas, no podemos por menos de advertirle lo erróneo de su hermético concepto moral del escritor, en cuanto hombre. No todo el que en sus escritos propugna por el bien individual y social y por el imperio de lo bello y lo verdadero, contribuyendo de manera tan marcada al bien de los humanos, sigue en su vida privada una ruta paralela a la que marca su labor exegética. Desde los tiempos más antiguos han sido numerosos los ejemplos de varones que en sus libros elevaban el más sonoro himno a la excelstitud del bien, y luego mostraban vicios y corrupciones, pasiones e insanias. Y hoy acaso sea más patente y real ese doble aspecto del escritor. Conocemos infinidad de ellos que presentan esa dualidad, la cual, en verdad, por lo peregrino del contraste, confesamos que siempre nos preocupó desentrañar. ¿Cómo concebir, por ejemplo, que el admirable cronista tal, que con su prosa impecable y sugeridora, henchida de las más bellas evocaciones de la raza y del paisaje, nos ha proporcionado in-

fables ratos de lectura, es un ser ridículo, beodo, sucio y desastrado? ¿Y que el gran poeta cual, autor de libros admirables, de estrofas sublimes, sea un jugador empedernido, a cultivar cuyo vicio, no repare en recurrir al abuso de la trampa, el engaño y la deuda con el conocido o amigo? ¿Y que un joven novelista, de tendencia altamente moralizadora y gran psicólogo, sea en su vida íntima un envidioso de los éxitos ajenos y un informal que no cumple la palabra que ofrece? ¿Y que haya tantos otros insignes escritores, en cuyas producciones se exaltan los más puros sentimientos en pro del semejante, que resulten en la vida práctica usureros, envidiosos, ególatras y de otros protervos defectos?

..

Conturba, sencillamente, tanto y tanto caso de escritores, en los cuales tan dispar es su concepción moral de la vida y de las cosas que muestran en sus producciones, y la que siguen en su existencia individual. Y, no obstante la extrañeza que ello nos produzca, la realidad tajante es así. Ante lo patente de los casos, parece como que la Naturaleza quiere compensarse de su pródigo alumbraamiento del genio y del cerebro rebosante de pensamiento y del corazón henchido de emotivas sensaciones. Es el eterno caso del inmortal poeta que es un ebrio consumado—Verlaine, Rubén Darío—; es el del ilustre orador, *gourmand* perfectísimo; el del filósofo admirable, dueño de una casa usuraria de préstamos; el del estilista brioso e impecable, exaltador de los más bellos motivos patrióticos y morales, grosero y salaz, y tantos más que se nos presentan en la cotidiana vida de relación.

Muy lejos de hoy, pues, el día en que poder cumplirse la utópica ilusión de mi amigo que sería, en esa república de las letras, la realización plena del concepto emersoniano del escritor. Abundan más casos que los citados, y otros, si no de obominable abyección personal, de rigideces frías de corazón, de acidia y abulia por el bien del semejante, de enconada envidia, de infundadas aversiones y temidas competencias, que no los de acrisolada bondad y deseo del bien humano, de noble emulación, de generosa ayuda al que principia, de gesto fraternal al denodado que triunfa... Y esto, en el escritor, en el pensador, en el poeta, que son los artífices soberanos de la cultura, del adelanto ideal de los pueblos, es para conturbar, sencillamente, a los que sentimos la eterna inquietud de la verdad y el bien.

..

Nosotros, en fuerza de conocer y tratar a infinidad de escritores y artistas, hemos podido contrastar los caracteres y las psicologías más variadas; pero predominando en ellos siempre esos que marcamos de tan singular contraste entre la moral emanada de la obra y la egolatría en la vida cotidiana. Es un fatal desequilibrio por demás conocido y común. Claro que sabemos de algunos que encarnan admirables excepciones, constituyendo verdaderos ejemplos de ese consorcio admirable de la ética que se proclama y se cumple; mas son en número contadísimos. Y es, realmente, para contrastar al espíritu—elevado—más optimista, el pensar que hasta el ambiente de la más humana de las religiones, como es la de la inquisición y cultivo de la Verdad y la Belleza que nos redime y eleva, hasta entre los oficiales del rito sempiterno e insuperable del Arte, la Literatura, la Ciencia, llegan las bajas pasiones humanas, las luchas, las envidias y los odios, el imperio, en su fatal significado, de la expresión bacónica del *homo hominis lupus*.

ANGEL DOTOR.

Madrid, Abril 1924.